
EL AMOR HUMANO

[SELECCIÓN DE FRAGMENTOS (*)]

Este capítulo de *El hombre en busca de su humanidad* (HBH) nos ofrece una reflexión sobre el amor humano que está enfocada a descubrir el valor de la «fe», sobre la que Légaut ha hablado en el capítulo anterior, así como también a descubrir el camino que lleva del «amor naciente» al «amor adulto». El Índice analítico, como siempre, nos da el hilo argumental del texto.

I. Características y exigencias del amor humano. – El amor individualiza al hombre. – El amor ayuda al hombre a descubrirse en su verdad.

II. El conocimiento del otro que el amor humano permite lleva a la constatación de diferencias irreductibles. – La fe conyugal, condición del amor humano. – Originalidad de la fe conyugal. – La fe conyugal y la unión carnal.

III. Dificultades del amor humano. – Las etapas del amor humano están casi fatalmente jalonadas por faltas y crisis. – En la práctica, estas faltas y crisis son necesarias para ahondar humanamente. – El amor humano exige una búsqueda incesante y una recuperación continua. – El amor humano permite descubrir la carencia de ser.

(*) Como en el capítulo anterior, esta selección se compone de un resumen del hilo argumental y de una selección de fragmentos del capítulo 2 de *El hombre en busca de su humanidad*. En este caso, además de haber procurado aligerar el texto de elementos igual de interesantes pero que podían distraer en una primera lectura, hemos tenido que prescindir de otros únicamente en aras de una indispensable brevedad. Por estas dos razones, esta selección no supe al texto completo en absoluto, sino que pretende ayudar a entrar con más interés en él.

Bibliografía de Légaut sobre el amor humano: el capítulo 5 de *Trabajo de la fe* (1962); parte del capítulo 3 de *Llegar a ser uno mismo* (1981); «Perseverancia en el compromiso y fidelidad fundamental» (1975), págs. 23-31; y «Espiritualidad [II]», págs 15-24. Estos dos últimos se encuentran en el *Cuaderno* 3 y 13; y también en la web de la Asociación (recomendamos ver el último en: www.marcellegaut.org/?id=cdiaspora/cd13).

1. La primera sección presenta el camino creciente e ilimitado del amor humano. El umbral que transpasa la pareja cuando entra en su relación marca un antes y un después, y, además, descubre un ámbito del que «la sociedad» (cualquiera de aquellas a las que pertenezcan) queda rigurosamente fuera, pese a su peso e influencia:

El *amor naciente* entre dos seres no es sólo fuente de alegría para ambos; lo es también para los que asisten, de cerca o de lejos, a su eclosión. Ningún otro bien procura por sí mismo, a quienes no participan directamente en él, una alegría semejante. (...) Es una manifestación del fondo humano. Da testimonio de la singular especificidad del mensaje que el amor anuncia. Muchos habrá que no conozcan otra anunciación (...).

El amor naciente llama al *don total* de sí, no sólo por un tiempo sino por siempre. Por esta exigencia, manifiesta su relación con la totalidad del hombre. Por esta cualidad suya esencial, el amor humano supera la naturaleza de los bienes que hay que ir renovando constantemente conforme uno se alimenta de ellos día a día. Si no se percibe en él, de forma absoluta, ese sentido de lo definitivo, por más refinado y electivo que sea, no se habrá alzado todavía a un nivel propiamente humano (...).

Sin embargo, el don total de sí está subtendido por el oscuro e imperativo deseo, también ilimitado, de la *posesión* carnal del otro, de que éste se adecue exactamente a lo que se espera de él y se identifique plenamente con uno mismo. Al principio, don y posesión son inseparables (...) por eso el amor propiamente humano *surge a la vez del tener y del ser*. Este doble origen le garantiza, en caso de logro, un poder excepcional para (...) la maduración del hombre. Sin embargo, esta ambigüedad (...) también es lo que incuba todas las crisis (...).

Gracias al amor, el hombre y la mujer, cada uno en su soledad esencial, conocen juntos, uno cerca del otro, una intensidad de vida, una relación extrema que la *sociedad* o bien rodea de silencio o bien profana, dado que lo que concierne al ser profundo de ambos no es de su incumbencia. Hasta ese día, sólo se conocían, a sí mismos y entre sí, a través de las creaciones imaginativas, los tópicos y las convenciones de su medio. Ahora, en cambio, su mismo entorno se

encuentra radicalmente fuera de lo que sucede entre ambos. Se escapan de su ambiente gracias a las actividades más íntimas e instintivas de su humanidad, que también son las más primitivas y las menos educables.

En adelante, los tabús indiscutidos, autoritariamente establecidos por una colectividad sana para defenderse y proteger a sus miembros de su propio infantilismo y mediocridad, se quebrantan, y pierden su carácter absoluto. No son ya más que barreras que no conviene derribar sino a sabiendas, a la luz de lo noblemente humano, observando las disciplinas socialmente indispensables. Aversiones y repugnancias juveniles, e incluso perversiones, que habían sido causadas, casi necesariamente, o por las lagunas de una educación incapaz de responder (...) a las más íntimas necesidades individuales, o también por las ataduras de la vida común y los escándalos que la sociedad no escatima, la vida conyugal empieza a disiparlas. (...).

Tan difícil es para el hombre asumir con la ligereza de lo natural su animidad sin causarle el más pequeño quebranto, como espiritualizarla (...). A pesar de las apariencias, no es fácil, ni para el hombre ni para la mujer, aun amándose con verdadero amor, llegar a ser una sola carne. En sus relaciones íntimas, por su vida conyugal, llegarán a una autenticidad absolutamente nueva, rechazada hasta este momento o, por lo menos, fuertemente contenida. Alcanzarán también una libertad singular que antes, con razón, les hubiera parecido desenfreno. Sus relaciones íntimas ya no pueden tener como límite ninguna regla determinada a priori: surgen de situaciones originarias, siempre por estrenar, aunque en apariencia se repitan (...).

Los actos y comportamientos que el amor impone, permite o busca, *no dependen de la objetividad ni de lo general.* No deben verse desde fuera ni juzgarse en abstracto sino resituados en el clima que los vio nacer. De él extraen su razón de ser y su justificación. Juzgados desde cualquier otra perspectiva, se los desvirtúa y blasfema. Una vida entera no basta para liberar al hombre y a la mujer de las reacciones heredadas del pasado más remoto y de los prejuicios recibidos de la sociedad en que viven (...).

Bajo el choque de sus reacciones personales, el hombre y la mujer, al unirse en el acto amoroso, hallan, en su propia desnudez, en ese instante realmente inédito (...), una posibilidad única de sondear *su propia realidad* (...). Esta toma de conciencia va mucho más lejos de lo que podrían descubrir con un esfuerzo individual de comprensión y de interioridad. Cuando dos seres consiguen alcanzarse de esta forma, profundamente, sin velos, en su realidad primitiva, ocurre a veces que, en un instante, breve como un relámpago, se entrevé *la significación fundamental* de lo que uno es y vive. Como si no pudiese palpar su esencia si no tomase contacto con la base animal común a todos a través de otro distinto de sí, el hombre parece que necesita romper las fronteras ordinariamente infranqueables que lo separan de los otros (...). A partir de esta unión de los cuerpos, ayer mismo aún prohibida, desconocida o desdeñada, donde se unen más las raíces que las cumbres, a la que temía como a una caída en el abismo y al mismo tiempo deseaba como a una ascensión a una cima, su *existencia* se muestra al hombre, en las horas de claridad, como algo sencillo, natural, armonioso, consistente. La *muerte* misma puede encararse entonces como nunca, pues, en esas condiciones, el amor se manifiesta *a la vez principio y fin*, promesa infinita y cumplimiento; hasta tal punto, fuera del tiempo, ya nada le es intrínseco más que durar. Al amor le basta con haber sido para ser. Es suficiente que él haya sido para que uno sea.

Intuición ligera, siempre furtiva (...). Saber totalmente espontáneo, en estado bruto (...). Esta luz, sin embargo, penetra tan adentro en el hombre (...) que cada cual, a lo largo de su vida, cuando atiende a ella con una concentración suficientemente total, podrá y deberá encontrar ahí materia para una búsqueda que nunca agotará su objeto.

2. No obstante, por el hecho mismo de la unión, el amor humano lleva a la constatación de la «*soledad esencial*» de cada uno de la pareja; soledad cuyo sentido sólo la «fe conyugal» ayuda a captar.

Arrojados, casi sin haberlo pretendido (...) al camino de su realización (...) por (...) el amor naciente, el hombre y la mujer descubrirán, a través de su unión (...), su indestructible diferencia. No se

aproximan tan íntima, tan libre, tan directamente dos seres sin que cada uno de ellos no presienta vivamente, aunque todavía a ciegas, la realidad secreta del otro. Pero, gracias precisamente a esa cercanía extrema que rompe su *aislamiento* como ninguna otra circunstancia, la *soledad esencial*, ésa en la que cada uno existe en sí mismo, se afirma imperiosamente. Cuanto más haya transformado el amor sus relaciones (...) tanto más se manifestará la *distancia* que los separa (...). Distancia mutua que consiste, primero, en su propia individualidad, en su herencia particular, en la educación recibida. También el sexo los diferencia hasta profundidades que nadie ha sondeado aún. Él hace esta distancia aún más infranqueable al oponer sus formas espontáneas e irreformables de sentir, reaccionar e incluso de pensar.

Pero, más allá de estas causas profundas, existe otra más estructural todavía: *el ser humano es solitario por naturaleza y no puede estar unido a otro hasta existir en ese otro, por él y para él*. Esta distancia, asumida con fe y no sólo reconocida y aceptada, da autenticidad al amor y permite su perennidad. En cambio, *negada* por quien no quiere aceptarla, rechazada por quien se destruye esforzándose por ser conforme al otro, rebaja el amor al plano exclusivo de los bienes que se poseen, con lo que provoca su degradación y su caída en la precariedad y el desgaste. Y, en sentido contrario, cuando uno *se resigna* a ella como si se tratara de una situación sin remedio ante la que hay que someterse, esa distancia deja que el amor se corrompa en manifestaciones sentimentales y carnales muy pronto reducidas al único nivel de la necesidad. El amor se reabsorbe en rutinas superficiales de coexistencia que reducen la pareja a una sociedad de dos, útil para las comodidades de la vida y las necesidades de los cuerpos (...); y zozobran hasta el naufragio todas las promesas que su nacimiento había dejado entrever [y] la decepción que causa este fracaso conduce, con frecuencia, a la ruptura secreta cuando no se practica el divorcio (...).

Para que el amor se conserve y progrese, los esposos deben *aceptar noblemente*, sin pretender suprimirla, la distancia que los separa. El amor visita su soledad respectiva sin de ningún modo romperla, pero impide que se corrompa en aislamiento. (...) El amor humano

no puede mantenerse en su nivel propio fuera del recogimiento pues sólo el recogimiento permite a cada uno estar presente a sí mismo; y sólo a través de esa presencia a sí mismo de uno es como éste capta la presencia del otro (...).

Para que la distancia infranqueable que separa a los esposos no los aíste, y para que se convierta, por el contrario, en el camino paradójico de su comunión, es preciso que el amor se establezca progresivamente en el plano del ser (...). (...) [es] la realización y el cumplimiento del amor naciente que ya desde el comienzo, a pesar de su carácter posesivo, se quería definitivo puesto que no dependía sólo de bienes como los que luego se desechan, una vez utilizados (...). El *amor adulto* exige que los esposos *tengan fe* uno en el otro (...). *Esta afirmación absoluta que cada uno hace de su cónyuge es la fe conyugal*. De este modo, la fe conyugal está ligada a la perennidad del amor. Muy pronto se hace indispensable, antes incluso de que las diferencias entre ambos esposos se manifiesten irreductibles. Muy pronto, en efecto, la posesión carnal y sentimental (...) se erosiona como sucede con toda posesión (...).

3. Para subrayar la *originalidad* de la fe conyugal, Légaut continúa, primero, diciendo lo que esta fe no es. No es consecuencia de un buen propósito, ni de una voluntad que se somete a las obligaciones impuestas por el vínculo y por los compromisos contraídos. No tampoco es el resultado de una afinidad de gustos ni de la experiencia de una vida común armoniosa, ni de una colaboración fructífera, sobre todo en la educación de los hijos. Tampoco es lo mismo que una confianza que se apoya en razones de origen intelectual o sentimental.

Después, pasa Légaut a afirmar la originalidad de la «fe conyugal», que él vincula a lo singular del encuentro y de la unión primeros.

De la misma naturaleza que la fe en sí mismo, la fe conyugal exige, al igual que la primera, una verdadera interioridad. Más allá de todas las razones, nace en el hombre, si es suficientemente profundo, cuando descubre a la mujer que ama. Gracias a la transfiguración del acto amoroso, experiencia única e insustituible, la fe conyugal arraiga en el

instinto y de él recibe, con frecuencia, un valor acrecentado y renovado. Mediante una adhesión sin fisuras a la originalidad fundamental de ese instante de luz, el hombre hace de la fe conyugal, al igual que de la fe en sí mismo, la más elevada expresión de su fidelidad a las cimas entrevistas de lo humano. No hay falta más grave contra sí mismo que renegar ulteriormente de esta iluminación tras haberla recibido conscientemente, pues esto sólo puede hacerse reduciendo ese momento excepcional de la existencia a no ser más que un acontecimiento como los otros (...).

Pero no sólo la vincula Légaut a este encuentro primero. La fe conyugal se conoce asimismo, según Légaut, porque es ella la que hace surgir y *renacer* el valor de la unión amorosa de la pareja; unión en la que se da la «repetición verdadera» que vence el desgaste del tiempo (*).

Sin embargo, por una singular evolución, paralela a los ahondamientos del amor, la urgencia de la necesidad de reencontrarse en el otro, o de recibir de él lo que se espera, desaparece con mayor rapidez que el deseo de la posesión carnal. Esta última, aun siendo lo que es, con su contexto crudo y primitivo, se convierte, en adelante, en la *principal ocasión* que tienen los esposos de volver a conectar en la armonía excepcional del acto amoroso. Al margen de los encuentros cotidianos, forzosamente superficiales si se dejan aparte algunas horas de gracia normalmente raras, por este camino, común y sin embargo singular, *cada uno se asoma a lo incomunicable del otro, objeto de su fe*. Si en lo íntimo el hombre está convenientemente armonizado con este esfuerzo de comprensión que se dirige hacia el otro, éste, aun permaneciendo fundamentalmente fuera de todo alcance, *se deja entrever* por él, en la paz que sigue al acto de amor, *como un centro misterioso existente en sí mismo, que progresa hacia el ser en su propia soledad, siguiendo su propio camino*.

(*) Me refiero a la expresión de Unamuno en estos versos de su *Epistolario inédito*: «Sólo tú, mi compañera, / mi costumbre, tú me diste / *repetición verdadera*, / que a todo cambio resiste / y es sustancia permanente / de la dicha, y es el vaso / de la eternidad presente / mientras dura nuestro paso».

Este conocimiento, único en su género fuera de algunos casos particulares, queda reservado al amor, y sólo en sus momentos culminantes. No es únicamente algo precioso para la maduración humana, también es algo estrictamente necesario (...). Así, la unión carnal experimenta, por la fe de los esposos, una mutación de su fin inicial, *un cumplimiento que la seguiría justificando incluso si el amor humano hubiera alcanzado su perfección* (...).

4. Légaut no sería Légaut si no abordase las *dificultades* del amor humano dado que, para él, es intrínseca a la fe la exigencia de integridad y de lucidez, que incluye abordar sin autodefensas la parte oscura de lo real. Viene aquí a cuento una frase citada en otro sitio: «El *combate* por la igualdad y la libertad sociales, por los “derechos humanos”, exige la misma lucidez y el mismo coraje que una obra de arte. O, recíprocamente, es tan exigente y *difícil* llevar a su cumplimiento el amor entre un hombre y una mujer como la justicia entre los pueblos» (*).

El camino que conduce del amor naciente al amor adulto, de las promesas iniciales a su realización plena, por fácil que parezca al comienzo, es más difícil y desconocido que los senderos que llevan a la posesión de los bienes más exigentes. Este itinerario no sólo se va descubriendo paso a paso sino que, además, es particular de cada pareja y de cada uno dentro de la misma pareja. *No existen técnicas* que indiquen cómo responder a las demandas continuamente renovadas del amor (...).

Ante las dificultades del amor, el hombre se ve confrontado consigo mismo en su totalidad, desde la parte más ciegamente espontánea de su naturaleza hasta la más consciente. Pocas estrellas hay, en el firmamento de los hombres, tan brillantes como el amor humano. Pocas iluminan y llaman con tanta perseverancia. Y, sin embargo, ¡qué pocos son los que siguen esa estrella durante el tiempo requerido para ver que su luz *no se* apaga y para no conservar sólo un recuerdo enternecido o amargo de ella!

(*) George Morel, en: *Cuadernos de la diáspora* 11, pág. 55.

Nadie sabe en qué analfabetismo humano yace. La *sociedad* no ayuda al hombre a presentirlo, sobre todo cuando lo absorbe (...). Radicalmente extraña a la substancia única del amor, la sociedad no tiene más interés que el de vaciarlo en moldes que no pongan en peligro el orden que tanto necesita para subsistir y conservar su papel de educadora elemental. Con referencia al amor, la sociedad se limita a ejercer una acción jurídica. Al tratar este asunto, invoca y utiliza la moral sólo cuando ve en ella a una aliada rentable económica o políticamente.

Lastrado a veces por una pesada herencia fisiológica, privado de una educación verdaderamente humana, presa de los ejemplos contagiosos de los mediocres y a veces incluso de sus más allegados, amenazado por los lazos que colocan bajo sus pies, a menudo sin saberlo, quienes, como él, van dando tumbos tras la dicha, el hombre ha de encararse con su propio destino. Al comienzo, no dispone de más ayuda que su innata generosidad, su pureza instintiva, mezclada de timidez y de candor y enredada con prejuicios, y una espontánea rectitud que demasiado a menudo la vida social se apresura a torcer.

(...) Sólo mediante sus propios recursos, desconocidos muchos de ellos, y a través de sus propias reacciones, a menudo más instintivas que premeditadas, cuya exactitud –como quizá también su existencia– sólo después comprenderá, puede el hombre progresar, mal que bien, hacia el amor adulto. ¿Debe extrañar, pues, que, al subir, en estas condiciones, por camino tan empinado, resbale, tropiece y caiga incluso, casi por necesidad? (...).

5. Las dificultades son ocasión, en las distintas etapas del amor, de *faltas* y de *crisis* casi inevitables, debidas a «una carencia casi total de formación humana» que contrasta con el nivel elevado de los conocimientos que la sociedad procura que el hombre tenga en otros terrenos. De modo que pocos matrimonios van un poco más allá de lo sociológico. En la práctica, las faltas y las crisis son como el último remedio para alcanzar una cierta profundidad; al coste de qué derroches y lastres, sin embargo. Légaut, en forma analítica, expresa la sabiduría de la «regla de oro» y del «no juzgar» evangélico.

co pues, ¿quién puede, en efecto, tirar la primera piedra en este terreno (como en otros)?

Y, sin embargo, este «no juzgar» resultaría engañoso si no se acompañara de la lucidez propia de la «fe», que no deja de mirar de frente toda la distancia que hay entre lo real actual y lo que un día se entrevió también como real y como posible. Es más, todo lo aberrante del camino de los hombres, ¿no es, como dice Légaut, un molde en hueco de aquello a lo que están llamados? Las crisis y la ensoñaciones, antes de rachazarlas, hay que pensarlas. Las tentaciones guían aunque sea a tientas. (No en vano “peligro”, “prueba” y “experiencia” tienen raíces parecidas, relacionadas con el viaje y el camino, en varias lenguas).

(...) únicamente las crisis, a menudo graves y siempre dolorosas, pueden hacer que el hombre descubra, en medio de los escombros de un pasado mediocre, la profundidad y grandeza latentes de su humanidad. (...) Son crisis en las que, irremediabilmente, se suele pisotear a otros (...). Con frecuencia conducen a situaciones imposibles (...). No obstante, si el hombre puede volver en sí y mantenerse en pie (...), estas crisis (...) acaban por *salvarle de sí mismo* como a través del fuego, forzándole a afrontar, a lo largo de sus días, el lastre de un fracaso de las mismas dimensiones que su vida (...).

Con razón se temen tales crisis. Son demasiado ambiguas; su desenlace afortunado es demasiado azaroso y causan demasiadas víctimas inocentes (...). Ante el laberinto de las vidas (...) los consejos son inútiles, los juicios, falsos, y las condenas, injustas y nefastas. Muchas son reacciones fruto de actitudes defensivas, individuales o sociológicas. La paciencia y la presencia silenciosa, equidistante de la debilidad y de la dureza, son las únicas actitudes adecuadas (...).

El hombre no es fiel espontáneamente: su amor naciente está demasiado impregnado por los deseos del tener como para no estar sometido, en todas las formas en que se encarna, a *la rápida usura del tiempo*. ¿Hay algún marido irreprochable que no haya lamentado en algún momento su matrimonio y no se haya vuelto con nostalgia a los tiempos en que aún era soltero? ¿Hay algún esposo fiel que, ante el recuerdo nos-

tálgico de su noviazgo, no haya desesperado alguna vez de poder alcanzar y unirse de nuevo, verdaderamente, con su esposa? ¿Dónde está el que nunca pensó en rehacer su vida de otra forma?

No todos se abandonan voluntariamente a estos ensueños aberrantes. Sin embargo, *muchos los rechazan demasiado rápidamente, sin comprender su razón de ser ni escuchar su implícita llamada*. En realidad, ¿no habrán renunciado, imperceptiblemente, sin siquiera confesárselo, al amor? Dada su incapacidad radical para encontrarse de nuevo, auténticamente, con su mujer, al tiempo que les resulta mucho más fácil comunicar con otras, ¿no han acabado contentándose con ser, social e incluso moralmente, irreprochables con ella, atribuyendo quizá a esa conducta el nombre de la fidelidad? No obstante, para que el amor no se deslice hacia la mediocridad de las situaciones adquiridas y estables, y que disimulan su lenta destrucción, el hombre, primeramente, debe *mirar de frente* esta situación tan común que suele juzgarse normal y prudente someterse a ella.

Esta *lucidez valerosa* sobre la situación común es de todo punto necesaria. Sin embargo, para llegar a ella no hay que esperar ayuda de nadie. *¿Quién se atrevería a hablar crudamente a otro de esta dura situación cuando él mismo siente la tentación de huir de ella (...)?* El hombre no puede descubrir ni aceptar esta condición si no es en su propio silencio y por su mirada interior, solo, cara a cara consigo mismo, como le ocurre con todo lo que es esencial. Una lucidez así exige más que buena voluntad: requiere inteligencia y una sinceridad valerosa. (...) *necesita la fe conyugal*.

(...) [El hombre], *si permanece fiel a esta fe, realizará el descubrimiento de su incapacidad de ser tal como exige el amor pleno*. Aceptará esta revelación y la asumirá valientemente como un fruto precioso del amor. Su carencia de ser se le manifestará así, no sólo a través de las crisis extremas de su vida sino también, de forma más positiva y armoniosa, en el recuerdo del amor naciente y de su promesa, nunca renegada, siempre creída, siempre esperada, jamás alcanzada y eternamente llamada.